EL SENTIDO DEL POEMA "ANOCHE, CUANDO DORMÍA...", DE ANTONIO MACHADO

JUAN MANUEL VILLANUEVA FERNÁNDEZ. UNED.

RESUMEN: Comentario de "Anoche, cuando dormía", poema en el que Antonio Machado desarrolla el misterio de las tres personas de la Santísima Trinidad. Palabras significativas: Palabras significativas: Padre-creador-abeja; Hijo-Salvador-agua; Espíritu Santo-amor-fuego. RÉSUMÉ: Un commentaire de "Hier soir, quand je dormai", le poème dans lequel Antonio Machado développe le mystère des trois personnes de la Trinité Très sainte. Des mots significatifs: Père-Créateur-abeille; Fils-Salvateur-eau; Saint esprit-amour-feu.

«ANOCHE, CUANDO DORMÍA»

Antes de comenzar el comentario de Antonio Machado (1987: 116-117) recordaremos algo esencial de su pensamiento; bueno, no exactamente suyo, sino de *Juan de Mairena*, XXXIV:

> Alguna vez se ha dicho: las cabezas son malas; que gobiernen las botas. Esto es muy español, amigo Mairena.
>
> - Eso es algo universal, querido don Cosme. Lo específicamente español es que las botas no lo hagan siempre peor que las cabezas.
>
> ***
>
> Si definiéramos a Lope y a Calderón, no por lo que tienen, sino por lo que tienen de sobra, diríamos que Lope es el poeta de las ramas verdes; Calderón, el de las virutas. Yo os aconsejo que leáis a Lope antes que a Calderón. Porque Calderón es un final, un final magnífico, la catedral de estilo jesuita del barroco literario español. Lope es una puerta abierta al campo, a un campo donde todavía hay mucho que espigar, muchas flores que recoger. cuando hayáis leído unas cien comedias de estos dos portentos de nuestra dramática, comprenderéis cómo una gran literatura tiene derecho a descansar, y os explicaré el gran barranco poético del siglo XVIII, lo específicamente español de este barranco. Comprenderéis, además, lo mucho que hay en Lope de Calderón anticipado, y cuánto en Calderón de Lope rezagado y aun vivo, sin reparar en los argumentos de las comedias. Y otras cosas más que no suelen saber los eruditos.
>
> ***
>
> Respóndate, retórico, el silencio.
>
> Este verso es de Calderón. No os propongo ningún acertijo. Lo encontraréis en *La vida es sueño*. Pero yo os pregunto: ¿Por qué este verso es de Calderón, hasta el punto que sería de Calderón aunque Calderón no lo hubiera escrito? Si pensáis que esta pregunta carece de sentido, poco tenéis que hacer en una clase de Literatura. Y no podemos pasar a otras preguntas más difíciles. Por ejemplo: ¿por qué estos versos:
>
> Entre unos álamos verdes,
> una mujer de buen aire,
>
> que recuerdan a Lope, ¿son, sin embargo, de Calderón? A nosotros solo nos interesa el hecho literario, que suele escapar a los investigadores de nuestra literatura.

Junto a estas aseveraciones, recordamos algo esencial para interpretar cualquier elemento de un discurso: su contexto. En el caso del poema machadiano «Anoche, cuando dormía», también rememoraremos unos condicionamientos culturales religiosos, a los que nos referiremos explícitamente. Leámoslo:

> Anoche, cuando dormía
> soñé, ¡bendita ilusión!,
> que una fontana fluía
> dentro de mi corazón.
> Di, ¿por qué acequia escondida,
> agua, vienes hasta mí,
> manantial de nueva vida
> en donde nunca bebí?
> Anoche, cuando dormía
> soñé, ¡bendita ilusión!,
> que una colmena tenía
> dentro de mi corazón;

y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.
Anoche, cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.
Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

Un comentario exhaustivo, nos exigiría penetrar en la fronda insondable de diversos aspectos de la poesía machadiana. Conscientes de esta imposibilidad, esbozaremos unos apuntes que no, por parciales, dejarán de ofrecer algún interés a nuestros lectores, por cuanto de originalidad aportan a las interpretaciones generales sobre el poeta acerca de su concepción de Dios, de la que da cuenta J. de Mairena, partiendo del pensamiento de su maestro Abel Martín, al decir "Dios no es el creador del mundo, sino el ser absoluto, único y real, más allá del cual nada es", y acerca de la fe de la que dice Zubiría (1969: 82) refiriéndose a este poema: "En sueños se veían también -desfile de lo deseado- todas aquellas cosas que anheló o no creyó poseer: sobre todo, fe".

En nuestros comentarios, buscando el verdadero «sentido», intentamos penetrar en la perspectiva del creador -literatura y tema-. Y así, Machado, en su Poética», para *Poesía española contemporánea (Antología)*, de Gerardo Diego, señaló:

> Me siento, pues, algo en desacuerdo con los poetas del día. Ellos proceden a una destemporalización de la lírica, no sólo por el desuso de los artificios del ritmo, sino, sobre todo, por el empleo de las imágenes más en función conceptual que emotiva. Muy de acuerdo, en cambio, con los poetas futuros de mi *Antología*, que daré a la estampa, cultivadores de una lírica, otra vez inmergida en «las mesmas vivas aguas de la vida», dicho sea con frase de la pobre Teresa de Jesús (la llama pobre al recordar a sus comentaristas). Ellos devolverán su honor a los románticos, sin serlo ellos mismos; a los poetas del siglo lírico, que acentuó con un adverbio temporal su mejor poema, al par que ponía en el tiempo, con el principio de Carnot, la ley más general de la naturaleza, sin olvidar el pensamiento de *Juan de Mairena*: «Hemos de hablar modestamente de la poesía, sin pretender definirla, ni mucho menos obtenerla por vía experimental químicamente pura. Os digo esto un poco en descargo de mi conciencia".

Como el extraordinario poema que es, su análisis cabe desarrollarse desde un exclusivo punto de vista literario; ahora bien, sin olvidar el material lingüístico y su valor para el vate:

El adjetivo y el nombre,
remansos del agua limpia,
son accidentes del verbo
en la gramática lírica,
del Hoy que será Mañana,
y el Ayer que es Todavía (*Obras completas*, CLXXXI)

Desde el punto de vista religioso, recurramos a otros dos poemas: el LXXVII: «Es una tarde cenicienta y mustia…», que sugiere la pérdida del Niño Jesús, y su hallazgo en el templo (Lucas 2,40-52), y a que Zubiría (1969: 83) lo relaciona con el ansia de Dios. Y el CXXXVI, de *Proverbios y cantares*, por interrelacionar religiosidad y sueño: "Ayer soñé que veía / a Dios y que a Dios hablaba; / y soñé que Dios me oía… / Después soñé que soñaba" (XXI). "Anoche soñé que oía / a Dios, gritándome: ¡Alerta! / Luego era Dios quien dormía /, y yo gritaba: ¡Despierta!» (XLV). Para resaltar la importancia de lo onírico en el poeta Aniorte (1991: 90), lo llama "el Segismundo de la poesía moderna", y otros poemas lo justifican. En otro lugar hemos hablado de los «cuatro sentidos bíblicos», al comentar en relación con el teatro de Amezcua algún fragmento calderoniano de significativa importancia entre sus «autos sacramentales». Pero, para desvelar el auténtico significado de «Anoche, cuando dormía», deberemos dis-

tinguir esencialmente entre el comentario literal, imprescindible para su correcta comprensión, y la interpretación simbólica o alegórica, que nos descubrirá otros horizontes más lejanos.

I.- PLANO ESTRUCTURAL

El poema se divide en cuatro partes: las tres primeras, de ocho versos - dos cuartetas con rima aguda en los versos pares-; la última, una simple cuarteta, también con rima aguda en los versos pares. El segundo verso de las cuatro partes contiene un perfecto simple o pretérito indefinido. Los demás tiempos verbales son de valor aspectual imperfectivo, excepto el excepcional indefinido con que se cierra el verso octavo, «de donde nunca bebí».

Sin alargarnos, al menos, llamemos la atención sobre el hecho de que, como pretéritos definitivamente perdidos, la utilización de los indefinidos inciden en su valor de pasados sin retorno; mientras que, con los presentes e imperfectos, el sentimiento que el poeta pretende transmitir, y transmite de hecho, es una realidad permanente.

Hay otra «irregularidad» en esta estructura del poema: la intromisión dialógica en los versos 5-8, cuando el resto es un desarrollo de exquisito lirismo, incrementado por la acumulación tripartita del campo léxico-semántico, al describir tres realidades aparentemente ajenas a la cuarteta final. En estos versos conclusivos, como en las tres partes anteriores, coinciden los versos 1, 2 y 4, para asombrarnos con el enunciado «que era Dios lo que tenía».

Esta cuarteta postrera, creemos, viene a convertirse en síntesis "recopilación" de lo anterior, desde la más pura concepción bíblica neotestamentaria. Lo más destacable, acaso como rarísima excepción en la poesía machadiana, es que las tres afirmaciones simbólicas de las estrofas no se desarrollan sucesivamente; es la elemental continuidad onírica nocturna de una simple realidad definitiva enunciada en la conclusión: «era Dios lo que tenía / dentro de mi corazón».

Utilizando la didáctica división de fondo y forma de la obra literaria, en el vate sevillano hallamos una extraña curiosidad. Si nos limitamos al «sentido literal», descubrimos cierto paralelismo entre el fondo y la forma de las tres «octavillas», como muy bien señala Aniorte (1991: 94), cuyo excelente análisis métrico nos exime de repetirlo; sin embargo, la cuarteta final se nos queda carente de sentido y explicación, pues no hay relación directa entre la fuente, la colmena y el sol, por una parte, y Dios, por otra. En cambio, la interpretación de las tres «octavillas» como representaciones alegóricas del mismo Dios enunciado en la cuarteta conclusiva, explican la perfecta correlación fondo-forma en el texto. Ahora bien, esto, en sus aspectos esenciales, se sale de la interpretación del análisis estructural, para arrastrarnos al buceo de una explicación insondable: el misterio de la poesía, que Zubiría (1969: 152) lo pone en relación con la sencillez lingüística de Machado: "posibilidad de un dudoso, rebuscado hermetismo por medio de la palabra"; pues su poesía no es un "campo soleado, sin sombras y sin nieblas", sino una "claridad poética, que en sus momentos de mayor densidad lírica se reviste de un aura de tenue vaguedad, de luminosa imprecisión, en la que símbolos, imágenes y metáforas juegan" un papel de primera importancia».

II.- PLANO DEL CONTENIDO

Jugamos, naturalmente, con la ventaja que nos ofrece el estudio del «símbolo», realizado por Bousoño (1970: 200-279) más su aplicación a nuestro poeta, en la doble vertiente de la subjetividad (tiranía romántica de las emociones, frente a la pudicia poética posterior, con respecto al tema) y el símbolo disémico o encadenado, incluso contradictorio, capaz de llevar al misterio.

Y así, en la poética posromántica, el tema no es la base de la creación, sino "correlato objetivo" de los sentimientos "contemplados por el poeta", limitándose «a servir de *medio* o mero soporte de las emociones, que protagonizan en realidad, aunque de manera racionalmente imperceptible, la obra. Las emociones son entonces, desde el punto de vista puramente racional,

algo así como "eminencias grises", cuyo secreto mandato organiza y dispone el entramado lógico o argumental de las composiciones. Diríamos, abultando un poco la cosa, que no es el tema quien busca ahora la adecuada emoción, como tradicionalmente sucedía, sino que, al revés, es la emoción quien se arroja a buscar el tema adecuado. Se trata, en cierto modo, de un giro completo en la operación artística, que pasa de un relativo objetivismo racionalista a un relativo subjetivismo irracionalista, como, por otro lado, le ocurre a la cultura en general, a partir de los últimos años del siglo XVIII», apunta Bousoño (1970: 236).

En la utilización de sus recursos de símbolos, Zubiría (1969: 152ss) señala que «Anoche cuando dormía» es una muestra relevante del quehacer poético de nuestro poeta. Veamos de qué forma lo lleva a cabo aquí en Episodio evangélico imprescindible para alcanzar el sentido pleno de Machado es el «Encuentro con la samaritana», san Juan, 4,4-44:

> Tenía que pasar por Samaria. Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, próxima a la heredad que dio Jacob a José, su hijo, donde estaba la fuente de Jacob. Jesús, fatigado del camino, se sentó sin más junto a la fuente; era como la hora de sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dice: Dame de beber, pues los discípulos habían ido a la ciudad a comprar provisiones.
>
> Dícele la mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, mujer samaritana? Porque no se tratan judíos y samaritanos. Respondió Jesús y dijo: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a Él, y Él te daría a ti agua viva. Ella le dijo: Señor, no tienes con qué sacar el agua y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, te viene esa agua viva? ¿Acaso eres tú más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebió él mismo, sus hijos y sus rebaños? Respondió Jesús y le dijo: Quien bebe de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le diere no tendrá jamás sed, que el agua que yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna.
>
> Díjole la mujer: Señor, dame de esa agua para que no sienta más sed ni tenga que venir aquí a sacarla. Él le dijo: Vete, llama a tu marido y ven acá. Respondió la mujer y le dijo: No tengo marido. Díjole Jesús: Bien dices: No tengo marido; porque cinco tuviste, y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho verdad. Díjole la mujer: Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que es Jerusalén el sitio donde hay que adorar. Jesús le dijo: Créeme, mujer, que es llegada la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos; pero ya llega la hora, y es ésta, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad. Díjole la mujer: Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está para venir, y que cuando venga nos hará saber todas las cosas. Díjole Jesús: Soy yo, el que contigo habla.
>
> En esto llegaron los discípulos y se maravillaban de que hablase con una mujer; nadie, sin embargo, le dijo: ¿Qué deseas? O: ¿Qué hablas con ella? Dejó, pues, su cántaro la mujer, se fue a la ciudad y dijo a los hombres: Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será el Mesías? Salieron los de la ciudad y vinieron a Él. Entre tanto, los discípulos le rogaban, diciendo: Rabbí, come. Díjoles Él: Yo tengo una comida que vosotros no sabéis. Los discípulos se decían unos a otros: ¿Acaso alguien le ha traído de comer? Jesús les dijo: Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra. ¿No decís vosotros: Aún cuatro meses y llegará la mies? Pues bien, yo os digo: Alzad vuestros ojos y contemplad los campos, que ya están blanquecinos para la siega. El que siega recibe su salario y recoge el fruto para la vida eterna, para que se alegren juntamente el sembrador y el segador. Porque en esto es verdadero el proverbio, que uno es el que siembra

y otro el que siega. Yo os envío a segar lo que no trabajasteis: otros lo trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo.

Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por la palabra de la mujer, que atestiguaba: Me ha dicho todo cuanto he hecho. Pero así que vinieron a Él, le rogaron (que) se quedase con ellos; y permaneció allí dos días y muchos más creyeron al oírle. Decían a la mujer: Ya no creemos por tu palabra, pues nosotros mismos hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo. Pasados dos días se partió de allí para Galilea. El mismo Jesús declaró que ningún profeta es honrado en su propia patria.

Implícitamente podemos trascender a las tres personas de la Santísima Trinidad; pero, más explícitamente, nos limitamos al Padre y al Hijo, el segundo, tal como se presenta también en los evangelios sinópticos, pero fundamentalmente en el de san Juan, enviado por el primero.

En la pregunta de la mujer samaritana [Juan 4,11], se justifica la afirmación rotunda de la segunda cuarteta:

Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?

Para Sánchez Barbudo (1981), el verso «de donde nunca bebí» hace referencia a la falta de fe. Aun aceptándola, su fuerza palidece por su valor de pasado perfectivo, pues los raudales vivificantes los actualizan el imperativo y el presente. Más aún, por encima de la fe se impone en quién se fundamenta: no es el enunciado teórico de «Dios», sino más en concreto a Jesucristo, descubriéndose ante la mujer de Samaria como el Mesías, a quien esperaban judíos y samaritanos. Y la aclaración definitiva la aporta «el discípulo amado de Jesús», quien explicita (Juan 7,37-39):

Cristo e la samaritana. Bernardo Strozzi.

El último día, el día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó, diciendo: Si alguien tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno. Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en Él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado.

Insistamos: la importancia no radica en la fe en sí misma, sino en el sujeto-objeto de fe: Cristo-El Mesías; los ríos de «nueva vida», no lo olvidemos, aunque discurran por una «acequia escondida», tienen su manantial en el propio seno, «dentro de mi corazón», es decir, donde ha concretado la ubicación de la fontana fluyente (verso 3º). Incluso en la aclaración de san Juan, específicamente se alude a que no se trata todavía del Paráclito, pues los dones de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad no llegarían hasta después de la muerte en cruz y resurrección del Salvador del Mundo, con la llegada del Espíritu Santo, en Pentecostés, reunidos los discípulos con la madre de Jesús. Es idea explícitamente señalada por el mártir san Ignacio de Antioquía († 107): «Un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: "¡Ven al Padre!"» (*Carta a los Romanos* 7,2).

La interpretación del Padre Eterno como creador corresponde plenamente a la tradición; y está enunciada en el propio «Credo» de la Iglesia Católica, cuyo Símbolo de la Fe comienza: «Creo en un solo Dios Padre todopoderoso, *Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible*» (llamado de Nicea-Constantinopla, por haber sido establecido en los dos primeros concilios ecuménicos, 325 y 381, respectivamente).

Desde el punto de vista bíblico, resalta la correlación de Dios creador con la aplicación

particular señalada por Antonio Machado. El poeta tiene motivos para especificar:

y las doradas abejas
iban fabricando en él
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.

Si se mira el desarrollo de la historia de Israel, o "pueblo elegido", acude a la mente de inmediato la salvación de los judíos oprimidos (opresión, como aclara el Génesis, provocada por un Faraón desconocedor de José, «el salvador de Egipto» gracias al desvelamiento de los sueños del Faraón que, agradecido, lo nombró primer ministro del milagro del Nilo; el otrora esclavo de Putifar —su apasionante historia no nos afecta ahora—, tras las peripecias conocidas, facilitó a su padre Jacob y a sus once hermanos emigrar y cambiar de residencia para no padecer el hambre que asolaba toda la tierra). Moisés, salvado milagrosamente de las aguas, se convertirá en capitán de Israel y, en su peregrinar por el desierto, plasmaría en el alma de los israelitas la promesa de Yahvé: regalarles «una tierra que mana leche y miel»; acaso a estas ideas remitan los versos machadianos; desde la interpretación alegórica, las «amarguras viejas» serían las incontables persecuciones, sufrimientos y humillaciones de Egipto (más los padecidos en los 40 años de éxodo por el desierto, castigo divino a la pertinacia de "su" pueblo, y del que no se libraría ni siquiera el capitán hebreo, por desobedecer "golpeando en lugar de hablar a" la roca, para hacer brotar agua), convertidas, por intervención divina, en esperanza y felicidad.

En CXXXVI, de «Proverbios y Cantares», nos ofrece el poeta una interpretación curiosa de la capacidad creadora del hombre:

¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano. (XXXVII)
¿Dices que nada se crea?
Alfarero, a tus cacharros.
Haz tu copa y no te importe
si no puedes hacer barro. (XXXVIII)

Teniendo en cuenta que, según el Génesis, Dios creó al hombre con un poco barro—es indiferente que, como género literario, se trate de un poema—, es lógico pensar en la limitación pesimista del alfarero, por no poder —limitación humana— «crear» barro, medio de aceptarnos como somos.

Complementa esta profesión católica de fe, la del poeta, en «Parábolas»:

Dios no es el mar, está en el mar, riela
como luna en el agua, o aparece
como una blanca vela;
en el mar se despierta o adormece.
Creó la mar, y nace
de la mar cual la nube y la tormenta;
es el Criador y la criatura lo hace;
su aliento es alma, y por el alma alienta.
Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste,
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear. Que el puro río
de caridad que fluye eternamente,
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor la turbia fuente!
(OC, CXXXVII, V)

Al interrelacionar las personas de la Santísima Trinidad y hablar del agua y el fuego, es obligado aludir a los mitologemas de nuestros orígenes: Prometeo, el diluvio..., según explica Cencillo (1998: 468). Y, como no podía ser menos, en la lucha permanente de creencia y duda, de reflexión dubitativa y proclamación voluntaria de un querer creer lo que supera la capacidad intelectual:

El Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,
el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos.
Tres dioses o tres personas
del solo Dios verdadero.

Por último, el Espíritu Santo es el centro simbólico y significativo del contenido semántico de la 3ª «octavilla»:

Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Desde los orígenes del Cristianismo, más

aún, diríamos: desde el comienzo de la vida pública de Jesús, el Espíritu Santo siempre aparece como una paloma; probablemente la ocasión más significativa sea el episodio del río Jordán, donde Juan el Bautista bautiza «en agua» a quienes escuchan su voz -«la voz que clama en el desierto»- y se arrepienten de sus pecados; al principio, Juan se niega a bautizar a Jesús; cuando, por fin, lo hace, se escucha la voz celestial: «En el instante en que salía del agua, vio los cielos abiertos y el Espíritu, como paloma, que descendía sobre Él, y una voz se hizo (oír) de los cielos: «Tú eres mi Hijo, el Amado, en quien tengo mis complacencias» (Marcos, 1,9-11).

La tradición católica atribuye el Amor, la Caridad, por excelencia, al Espíritu Santo. El símbolo por antonomasia del amor (Marcos-Oroz, 1997), desde las primeras iconografías y pinturas, ya en las catacumbas, y en las narraciones, himnos litúrgicos y canciones de nuestra cultura, es el fuego. Como muestra representativa del deseo de originalidad dentro de una visión tradicional, recordemos el extraordinario verso de Quevedo, en el soneto que comienza: «Hermosísimo invierno de mi vida».

En consecuencia, es innecesario explayarnos en justificar históricamente hecho tan palpable. Si acaso, merecería una pequeña reflexión la concepción de la Santísima Trinidad como una familia, lo que explicaría, desde una visión antropomorfa, el valor de los elementos esenciales considerados en los versos:

> Era ardiente porque daba
> calores de rojo hogar.

Más complicados parecen los dos últimos, con los que se cierra la interpretación simbólica de la Santísima Trinidad. Intentemos introducirnos en esa fronda del auténtico «misterio» del que habla Carlos Bousoño, y lidiemos con el empeño de resolver el enigma. La primera parte se nos presenta como evidente: desde nuestra limitación humana, el astro más esplendoroso, el que puede representar y significar la luz y, simbólicamente, el fuego-amor más abrasador es el «astro-rey»; y que él se nos presente como iluminador, como foco deslumbrante, tampoco exige mucho esfuerzo de comprensión.

Pero, en cambio, nos desconcierta el final del llanto; por mucho que la experiencia nos demuestre que el sol cegador arranca lágrimas a los ojos, limitarnos a esa visión implica romper cuanto de maravilloso, excelso y misterioso nos ha encerrado todo el poema. En su esplendente sencillez, si nos reducimos a esa valoración «realista», el texto se nos desmorona con una expresión de vulgaridad plena. Pero, entonces, ¿qué quiso decirnos el poeta?

Es preciso, una vez más, volver al plano de la espiritualidad y al sentido profundo del Espíritu Santo para comprender plenamente su significado exacto. En un primer momento, dentro del Nuevo Testamento, es Zacarías, padre de Juan el Bautista, quien, tras recuperar el habla que le había sido quitada por su incredulidad ante las palabras del ángel que le anuncia el embarazo de su esposa, a pesar de sus muchos años (Lucas, 1,18-20), con las primeras palabras que brotan de sus labios tras recuperar la voz, profetiza:

> Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
> porque irás delante del Señor
> a preparar sus caminos,
> anunciando a su pueblo la salvación,
> el perdón de sus pecados.
> Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
> nos visitará el sol que nace de lo alto,
> para iluminar a los que viven en tinieblas
> y en sombra de muerte,
> para guiar nuestros pasos
> por el camino de la paz (Lucas, 1,76-79).

Según estos versículos, parece lógico «traducir» el «sol» como Cristo; y, de hecho, las actividades que se le atribuyen, en un principio el menos, corresponden propiamente a Jesús como salvador y predicador de «su evangelio» (la «Buena Nueva»). De hecho, no lo olvidemos, el propio Cristo se autodefine como «luz del mundo», Juan, 8,12. Ahora bien, si analizamos la perspectiva trinitaria (Yanes, 2000), a partir de las propias palabras de Jesucristo, esa intervención es prometida a los apóstoles tras recibir el Espíritu Santo (Juan, 7,37-39, ya

citado; repitamos el último: «Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en Él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado»).

Tras la «venida del Espíritu Santo» en Pentecostés, la actuación de los apóstoles en Jerusalén es todo lo contrario al tiempo anterior: el valor sustituye al temor, la manifestación al ocultamiento, la proclamación del mensaje de Cristo al silencio. A las palabras siguen los hechos portentosos y el enfrentarse directamente a los sacerdotes, desobedeciendo sus mandatos, y sin importarles para nada las prisiones ni las injustas flagelaciones (en lo cual, imitaron a su «Maestro», flagelado sin habérsele descubierto delito ni falta alguna). Dato clave para comprender el significado pleno de los últimos versos de Antonio Machado es este episodio de los *Hechos de los Apóstoles*:

> Al oírle (el discurso de Pedro en presencia de los «once»), se sintieron compungidos de corazón y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué hemos de hacer, hermanos? Pedro les contestó: Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados y recibiréis el Espíritu Santo. Porque para vosotros es esta promesa, y para vuestros hijos, y para todos los de lejos cuantos llamare a sí el Señor, Dios nuestro. Con otras muchas palabras atestiguaba y los exhortaba diciendo: Salvaos de esta generación perversa. Ellos recibieron la gracia y se bautizaron, siendo incorporadas (a la Iglesia) aquel día unas tres mil almas. Perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración (2,37-42).

Ya estamos en condiciones de comprender exhaustivamente el profundo valor de los últimos versos de «Anoche, cuando dormía». Lo que alumbraba el «sol» eran las tinieblas del alma, la oscuridad, el mundo de sombras en que vagaban los espíritus perdidos alejados de Cristo; y eran sus obras, fruto del «hombre viejo» (Dentro de la Patrística, entre griegos y latinos, hay páginas inolvidables sobre estos aspectos). Al quedar iluminado el interior del alma, los hechos del pasado aparecen en todo su horror de tinieblas y oscuridad. Y la reacción inmediata es el arrepentimiento, reflejado en las lágrimas; por eso el sol «hacía llorar».

De nuevo, pues, Antonio Machado va mucho más allá de lo que simplemente enuncia el sentido literal de sus palabras; se aleja por los mundos de la intimidad y el silencio. Los distintos poemas de sus *Obras completas*, a los que hemos recurrido en este comentario, creemos, justifican nuestra lectura; pero, al mismo tiempo, exigen una observación final: dichos textos no son meras muletillas de sustentación. También ellos trasponen el horizonte de las simples apariencias en comentarios superficiales que no calen en la profundidad del pensamiento de Antonio Machado. No conviene olvidarlo. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Amezcua (2001): *El teatro teológico de Mira de Amezcua*, BAC, Madrid.
- Ariorte, Luciano y García Romera, Juan (1991): *Comentarios de texto y Temas para COU*, Instituto B. Mariano Baquero Goyanes, Murcia.
- Bousoño, Carlos (1970): *Teoría de la expresión poética*, 2 vols., Gredos, Madrid.
- Cencillo, Luis (1998): *Los mitos, sus mundos y su verdad*, BAC, Madrid.
- Guerra Gómez, Manuel (1999): *Historia de las religiones*, BAC, Madrid.
- Machado, Antonio (1987): *Poesías completas* (prólogo de Manuel Alvar), Austral, Madrid.
- Machado, Antonio (1971): *Nuevas canciones y De un cancionero apócrifo* (ed. José Mª Valverde), Castalia, Madrid.
- Machado, Antonio y Manuel (1973): *Obras completas*, Plenitud, Madrid, pp.1122-1123.
- Marcos, M.A. y Oroz, J. (1997): *Lírica latina medieval, II Poesía religiosa*, ed. bilingüe, BAC, Madrid.
- Plazaola, Juan (1999): *Historia del arte cristiano*, BAC, Madrid.
- Sánchez Barbudo, Antonio (1981): *Los poemas de Antonio Machado (Los temas. El sentimiento y la expresión)*, Lumen, Madrid.
- San Gregorio de Nisa (2001): *Semillas de contemplación (Homilías sobre el Cantar de los cantares. Vida de Moisés: Historia y contemplación*, BAC, Madrid (como referencia de la Patrística)
- Zubiría, Ramón de (1969): *La poesía de Antonio Machado*, Gredos, Madrid.
- Yanes, Elías (2000): *En el espíritu y la verdad (Espiritualidad trinitaria)*, BAC; Madrid.